

# *Los caminos del éxito*

Dos hombres de saber novohispanos  
(1683-1705)

Trilce Laske

eman ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

*CIP. Biblioteca Universitaria*

**Laske, Trilce**

Los caminos del éxito : dos hombres de saber novohispanos (1683-1705) / Trilce Laske. – [Leioa]: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, D.L. 2023. – 234 p. : il., gráf. ; 24 cm. – (Historia Medieval y Moderna ; 97)

Bibliografía: p. [219]-234.

D.L.: BI 00446-2023. — ISBN: 978-84-1319-542-1.

1. Martínez de la Parra, Juan, ca.1653-1701. 2. Avendaño Suares de Sousa, Pedro de, 1655-1705. 3. Intelectuales – Nueva España. 4. América española – Historia – Siglo XVII.

970/980”16/17”



UPV/EHUren Argitalpen Zerbitzuaren Erdi Aroko eta Aro Berriko Historia sailak Academic Publishing Quality (CEA-APQ) edizio akademikoen kalitatezko zigiluaren aipua jaso du.

La serie Historia Medieval y Moderna del Servicio Editorial de la UPV/EHU ha sido distinguida con el Sello de Calidad en Edición Académica - Academic Publishing Quality (CEA-APQ).

Imagen de portada/Azalaren argazkia: Homann, J. B. & Homann Erben. (1759) *Regni Mexicani seu Novae Hispaniae, Ludovicianae, N. Angliae, Carolinae, Virginiae et Pennsylvaniae, necnon insularum archipelagi Mexicani in America Septentrionali*. [Noribergae Homann Erben].

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco  
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-1319-542-1

Depósito legal/Lege gordailua: LG BI 00446-2023

# Índice

<b>A manera de prefacio</b> , por Iván Escamilla González .....	9
<b>Introducción</b> .....	15
<b>Los años del aprendizaje: la casa profesa (1683-1690)</b> .....	19
Capítulo I. <i>El surgimiento de una generación de oradores</i> .....	23
Capítulo II. <i>Los factores del éxito en la capital</i> .....	29
<b>Pedro de Avendaño o la vía de la oratoria (1690-1705)</b> .....	37
Capítulo III. <i>En Puebla, a la sombra del clientelismo</i> .....	45
1. Un nuevo hombre de letras para el obispo .....	47
2. Del buen uso de la publicación .....	52
Capítulo IV. <i>En México, la reconquista de la capital</i> .....	59
1. La predicación como carrera profesional .....	59
2. La fórmula del éxito .....	73
3. El precio de la fama .....	81
Capítulo V. <i>Fracaso institucional y reconocimiento informal</i> .....	93
1. El final de las ilusiones .....	93
2. La polémica de 1703 .....	100
<b>Juan Martínez de la Parra y la consagración (1690-1701)</b> .....	125
Capítulo VI. <i>De orador a doctrinario</i> .....	131
1. Primer periodo: fundación .....	131

2. Segundo periodo: consagración local. . . . .	149
3. Tercer periodo: reconocimiento transatlántico. . . . .	155
Capítulo VII. <i>Un nuevo dignatario jesuita en la Profesa</i> . . . . .	171
Capítulo VIII. <i>Entre consideración erudita y popularidad urbana</i> . . . . .	181
1. El Año Santo de 1700 y la crisis de las indulgencias. . . . .	181
2. Las razones de la consagración . . . . .	199
<b>Consideraciones finales</b> . . . . .	215
<b>Bibliografía</b> . . . . .	219

## A manera de prefacio

Iván Escamilla González

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México

Este prefacio antecede al libro de Trilce Laske acerca de un aspecto de la cultura letrada novohispana del siglo XVII, sobre cuyo contenido, cualidades y aportes no haré aquí síntesis o juicio que condicionen la apreciación de los mismos por la lectora o el lector que lo tiene ahora en sus manos. En las páginas que siguen ensayaré en cambio una explicación acerca de porqué considero pertinentes, y aun urgentes, afanes como los que a lo largo de más de una década ha dedicado esta joven investigadora a conocer a los hombres de saber novohispanos, y por los cuales resulta afortunado que su obra finalmente se publique.

En 1929 el hispanista norteamericano Irving A. Leonard presentaba, en su influyente biografía del polígrafo criollo mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora, un retrato desolador de la vida intelectual novohispana del siglo XVII como un páramo de medievalismo trasnochado, estancado en saberes caducos y tocado por los vicios literarios de una metrópoli decadente:

El siglo XVII en la Nueva España hizo surgir algo de literatura, claro está, pero casi enteramente en forma de guías religiosas, crónicas de misiones, tratados de teología y una corriente casi ininterrumpida de poesía gongorina, en su mayor parte insoportablemente gris y tediosa, con su empalagosa monería y artificialidad. Esta actividad literaria, relativamente escasa, fue cultivada por un grupo infinitesimalmente pequeño y selecto de intelectuales, y se destaca como un minúsculo edificio sobre una base inmensa, compuesta por una población aborígen ignorante e irredenta.

La ya casi centenaria descripción de Leonard, teñida de Leyenda Negra y hasta de prejuicios raciales, refleja muy bien la idea que dentro y fuera de México predominó durante la mayor parte del siglo XX acerca de la cultura letrada novohispana, y que aún permea poderosamente la mentalidad del público. Varias razones explican su persistencia. La caracterización del período colonial como una suerte de «Edad de Tinieblas» fue casi indispensable para la consolidación en México de un Estado que prometía lograr de una vez por todas la siempre postergada o incompleta modernización del país, librándolo de la desigualdad y otros lastres sociales identificados desde la narrativa histórica del liberalismo decimonónico y del nacionalismo revolucionario posterior como parte de la ominosa herencia del virreinato.

La historia enseñada en las escuelas, el arte público, la literatura, el cine, los medios de información, el discurso de los museos, etcétera, se encargaron de repetir, inculcar y difundir esta visión en México y en el extranjero, e incluso de consagrarla en las aulas universitarias y los salones académicos. Frente a ello, el empeño de unos cuantos eruditos de rescatar figuras y producciones de la historia, el pensamiento y las letras coloniales era visto como producto de un conservadurismo nostálgico, refugiado en la idealización de una cultura derivativa y ahogada en el fanatismo religioso y la antimodernidad de su matriz hispánica. En tal sentido, no puede extrañar que antes de proceder a la apertura inicial en 1910 de los cursos de la Universidad Nacional de México (la actual UNAM), una de las instituciones capitales de la cultura mexicana del siglo XX, se considerase indispensable realizar una suerte de exorcismo radical del pasado demoliendo, como en efecto se hizo, el antiguo edificio de la Real y Pontificia Universidad de México, disuelta definitivamente como corporación desde 1865, pero que aún como mero recuerdo parecía conservar el peligroso poder de evocar en el presente las bases intelectuales del régimen colonial.

Resulta interesante que, pese a todo lo anterior, el «canon» oficial de la historia mexicana forjado después de la Revolución de 1910-1920 terminaría por admitir algunas manifestaciones selectas de la herencia cultural colonial. Así, tanto la inspiración autóctona de la poesía y la dramaturgia de sor Juana Inés de la Cruz como la estética del llamado «barroco mexicano», encontrada en las artes plásticas del virreinato, o el fervor del culto popular a la Virgen de Guadalupe, fueron calificados de expresiones auténticas del mestizaje entre lo «indígena» y lo «español», y convertidos en sustento histórico de la ideología de integración nacional predicada por el Estado durante el siglo XX. Contrapunto y complemento del elogio del mestizaje fue la invención, por un grupo de filósofos e historiadores influidos por la historia de las ideas, del «criollismo» como objeto de estudio histórico, explicado como el proceso de toma de conciencia identitaria de la élite intelectual novohispana iniciado en el siglo XVII, y que a finales del virreinato habría impulsado el proyecto político de una nación mexicana. Bajo estas premisas, entre 1950 y 1990 el conocimiento de la historia de la cultura letrada novohispana se redujo fundamentalmente a asumir al criollismo como el eje central de interpretación de las expresiones intelectuales coloniales, y a la determinación del mayor o menor grado de influencia sobre las mismas de los grandes movimientos filosóficos de la «modernidad» occidental, como el Renacimiento o la Ilustración, de los cuales los hombres de saber del «México colonial» resultaban siempre ser epígonos aislados en una lejana periferia cultural.

En este contexto, y pese a la existencia de antecedentes importantes desde la década de 1940, la posibilidad de una visión distinta de los letrados novohispanos hubo de esperar al impacto en México de corrientes como la nueva historia social de las universidades, los estudiantes y los hombres de letras, y a su confluencia con la historia cultural de las prácticas y represen-

taciones de lo intelectual, de la escritura, de la lectura y del libro, tendencias surgidas de los medios académicos francés y anglosajón entre las décadas de 1970 y 1980. Como resultado, a partir de 1990 la vieja identificación entre historia de la «cultura» (entendida como historia de la actividad intelectual y de las instituciones «educativas») e historia de las ideas, y la noción del letrado colonial como mero eslabón en la cadena genealógica y evolutiva de las grandes tradiciones intelectuales, entraron en crisis en la historiografía mexicana y mexicanista.

De esta manera, los grandes paradigmas de interpretación, como el criollismo, y sus temas asociados (el guadalupanismo, la identidad «proto nacional», la biografía de «grandes pensadores» y la historia institucional apologética), no desaparecieron del discurso historiográfico, pero frente a ellos comenzaron a multiplicarse los estudios interesados, por un lado, en la reconstrucción prosopográfica de las corporaciones letradas y sus mecanismos de articulación y reproducción, y por otro, en el hombre de saber novohispano como agente en la construcción de redes sociales letradas dentro y más allá de los marcos institucionales, y en el surgimiento de nuevas sociabilidades para la construcción y comunicación del conocimiento.

A profundizar esta transformación de los estudios sobre los hombres de saber y la vida letrada ha contribuido también de manera afortunada la nueva historia del libro y la lectura en México, donde los viejos enfoques bibliográficos han sido sustituidos por indagaciones acerca de la recepción de los textos y la inserción social de los talleres de imprenta a partir del conocimiento proporcionado por elementos tan diversos como los aparatos paratextuales y la materialidad de los impresos, y su confluencia con la investigación de las prácticas y sociabilidades de los hombres de letras. Se camina ahora a la comprensión del proceso por el cual el cuerpo de los letrados avanzó, sobre todo hacia el último siglo colonial, hacia su laicización, y que hizo de los escritores verdaderos autores en el sentido moderno del término.

Ahora bien, y pese a las prometedoras vetas puestas al descubierto por estas tendencias (cada vez más preponderantes en la historia cultural del universo letrado colonial, como lo deja ver cotidianamente la producción científica de monografías y artículos), ciertos problemas requieren aún de la búsqueda de nuevos abordajes. Uno de ellos es, sin duda, el de las dinámicas de transformación y ruptura en la cultura letrada novohispana. Durante largo tiempo, esta fue caracterizada esencialmente por su supuesto aislamiento e inmovilismo, y su impermeabilidad a las influencias ajenas al escolasticismo tardomedieval «oficial», o a la ortodoxia doctrinal fijada en Trento y custodiada por la Inquisición. Esta visión podría ajustarse a la anticuada percepción negativa de los alcances y originalidad de la cultura intelectual del virreinato, pero no a las dinámicas de un medio intelectual que, pese a las relativamente escasas vías de construcción de una carrera letrada, la ausencia de mecenazgos permanentes, los costes prohibitivos de la imprenta o la distancia de los principales centros europeos de producción bibliográfica, ahora

sabemos que se mantenía al tanto de las constantes novedades e incluso participaron desde sus latitudes de los intensos debates espirituales, políticos y científicos del mundo católico de los siglos XVI al XVIII.

Como escribí hace algunos años respecto de la discusión acerca de la aún hoy discutida presencia de la Ilustración en Nueva España, es probable que nuestra insistencia en ver a la del virreinato como una cultura osificada y marginal tenga que ver con el afán de encontrar entre los letrados criollos calcas de los discursos específicos y las mismas lecturas de sus pares de la modernidad europea contemporánea, cuando en realidad lo que deberíamos buscar son actitudes nuevas ante la lectura, modificaciones de las prácticas tradicionales, adaptaciones y respuestas propias frente a las tendencias venidas del exterior, todo desde la realidad y las preocupaciones propias de la sociedad colonial.

Podrían multiplicarse los ejemplos de extensas áreas de la historia intelectual hispanoamericana colonial que podrían explorarse con esta y otras perspectivas. Poco se ha discutido, por ejemplo, acerca del surgimiento en el mundo colonial de fenómenos que se han naturalizado en el estudio de la cultura intelectual europea, como los relativos a los medios y prácticas de la opinión pública, pese a que sabemos de la avidez de noticias y relaciones de España y del mundo de los españoles y criollos de las Indias en forma de reimpresiones por las imprentas americanas de gacetas y folletos europeos. Junto con la relativamente temprana aparición de gacetas en México y Lima en la primera mitad del siglo XVIII, esto debería constituir un aliciente para buscar profundizar en la importancia de la circulación y recepción de información de actualidad como un factor para la creación de ámbitos de un pensamiento y una opinión independientes de las tribunas doctrinales del púlpito y de la cátedra.

La circulación de saberes está íntimamente relacionada con las formas de vinculación y creación de sociabilidades entre los hombres de letras. Hasta ahora ha sido escaso el interés en las formas americanas de cultivo del asociacionismo letrado, que en Europa se estudian como parte del fenómeno de la República de las Letras y del movimiento academicista. Es cierto que la falta de fuentes en forma de epistolarios ha dificultado enormemente la tarea de recrear cómo los hombres de saber novohispanos crearon espacios y redes de conocimiento urbanos, regionales e incluso transoceánicos, pero no podemos dudar de su probable existencia a la luz de las empresas eruditas que durante los siglos XVII y XVIII ordenaron y conjuntaron los esfuerzos de sabios por igual para la recopilación de fuentes del pasado prehispánico, la cartografía de los litorales y de los territorios de misión, o la elaboración de repertorios o bibliotecas de la producción de los escritores de las órdenes religiosas o del clero secular.

El estudio de las sociabilidades tiene otro potencial atractivo que no debe seguirse desdeñando: la posibilidad de conocer y comprender el funcionamiento de las *otras* culturas letradas que, en paralelo a la de los intelectuales

formados en los colegios, los seminarios y la universidad, florecieron en el espacio colonial, representando a grupos sociales (indígenas, mestizos, afrodescendientes) e inquietudes culturales diversas más allá del pretendido monopolio hispanocriollo del saber. Como también ocurrió en otros ámbitos de Occidente, practicantes de profesiones de alta especialidad técnica como los pilotos, matemáticos, ingenieros hidráulicos y militares y cirujanos formaron en las Indias grupos de estudio que apenas empezamos a conocer; lo mismo puede decirse de los creadores artísticos: pintores, escultores y arquitectos, que compartieron grupalmente modelos y formas de estudio de las artes con los que se constituyó una cultura académica original, explicación mucho más compleja y atractiva que la simple asignación de estilos formales para comprender el desarrollo de esas disciplinas en la América virreinal.

En el estudio y comprensión de la cultura intelectual en la Nueva España y el resto de Hispanoamérica colonial hemos avanzado mucho sin duda desde que Irving Leonard publicara en 1929 la desoladora descripción con la que abren estas páginas. Alcanzar este punto ha sido posible gracias a décadas de un trabajo constante a partir de nuevas fuentes, del ensayo de metodologías surgidas de la relación interdisciplinar entre la historia y las ciencias sociales, de la relectura de clásicos de los que se suponía ya habían sido exprimidos hasta de la última gota de noticias útiles; pero más aún, ha sido resultado del diálogo constante entre investigadoras e investigadores, de la construcción del conocimiento como empresa colectiva. En ese sentido, no me desprendo de mi propósito original si afirmo que los lectores del libro de Trilce Laske encontrarán que, encauzada por preguntas como las formuladas aquí acerca de esta historia, ha ofrecido para ellas respuestas que contribuyen significativamente al proceso de transformación historiográfica de su campo. Entre sus páginas se hallará la fascinación del encuentro con un período y un escenario lleno de personajes hasta ahora olvidados o desconocidos, otrora célebres por sus hazañas intelectuales; de textos capaces de suscitar violentas polémicas espirituales y políticas; de poderes en pugna por el control de las conciencias y las almas en un momento de singular trascendencia histórica. Continuando así la conversación iniciada por otros, Trilce Laske ha mostrado con claridad el camino que obligadamente deberán recorrer en el futuro muchos estudiosos del mundo cultural novohispano.

## Introducción

Los destinos de sor Juana Inés de la Cruz y de Carlos de Sigüenza y Góngora han marcado de manera duradera la historiografía intelectual del siglo xvii novohispano. Luego de pasar por la Corte virreinal, la primera desarrolló, desde la celda de su convento capitalino, una actividad literaria nutrida y plural que le valió tanto renombre como sospecha<sup>1</sup>. Expulso de la Compañía de Jesús, el segundo se dedicó al trabajo académico como catedrático de Matemáticas en la Real Universidad, mientras se abocaba también a las letras y a las ciencias bajo la protección de un mecenas como el conde de Galve<sup>2</sup>. Pese a su indiscutible dimensión e importancia, los dos eruditos no fueron, no obstante, personalidades inusuales en una ciudad como la capital virreinal de finales del siglo xvii. Polo político y económico de la Nueva España, México era también, para la década de 1680, el primer espacio intelectual de la región, donde se aglomeraba una numerosa población de gente de letras, desde estudiantes hasta profesionales y aficionados, atraídos tanto por su mercado laboral como por la oferta educativa y el espacio cortesano. En este denso contexto, crecieron y evolucionaron, además de la poetisa y del cosmógrafo, otras personalidades eruditas cuyas obras y actuaciones participaron también de la vida intelectual virreinal. En el momento de auge de sor Juana y de Sigüenza, dos jóvenes letrados surgieron precisamente para tener, durante la década de 1690, un protagonismo si no superior, por lo menos similar al de las dos grandes figuras virreinales: Juan Martínez de la Parra y Pedro de Avendaño. Miembros de una institución ineludible en el Imperio hispánico, la Compañía de Jesús, los dos hombres alcanzaron, cada uno a su manera, posiciones destacadas gracias a su pluma. Las condiciones de su consagración intelectual constituyen el objeto central de este trabajo.

En efecto, la identificación y elucidación de los mecanismos y lógicas del éxito constituyen una vía privilegiada para acercarse a la complejidad del

---

<sup>1</sup> Los estudios sobre sor Juana son innumerables. Véanse, por ejemplo: Buxó 2006; Paz 1982; Poot Herrera 1993; Schons 1927.

<sup>2</sup> Aunque en menor medida, los trabajos sobre el erudito también son numerosos. Por ejemplo: Mayer 2000, T. I-II.

mundo intelectual novohispano. Por un lado, permite determinar las instancias de promoción y reconocimiento de los sectores letrados, las cuales condicionaron tanto su existencia como su desempeño (dimensión colectiva). Por otro, posibilita la identificación de las estrategias tanto sociales como literarias de la gente de saber (dimensión individual). Para ello, esta investigación recurre a una pluralidad de instrumentos. Además de la reducción de escala, emplea en particular las nociones de trayectoria y sociabilidad. Realizada a través del análisis del itinerario profesional de un individuo, la reconstitución precisa de las trayectorias personales permite, en efecto, establecer los desplazamientos y fluctuaciones de recorridos singulares, cuyas variaciones, aunque mínimas, constituyen valiosos indicios<sup>3</sup>. La observación de las sociabilidades, por su parte, complementa este acercamiento de orden individual al evaluar el ámbito relacional de los miembros del grupo docto y las modalidades de sus interacciones. Las herramientas de los estudios de redes en particular sirven para este propósito, pese a que las fuentes primarias disponibles no permitan reconstruir de manera exhaustiva los lazos interpersonales<sup>4</sup>.

Respecto a estas, los documentos consultados para la investigación se dividen en dos categorías: entre publicaciones impresas y materiales manuscritos. Las primeras representan una fuente prolífica para la indagación. Dan acceso a las obras publicadas de Martínez de la Parra y Avendaño en particular, así como a las del grupo letrado en general, para el cual el uso de la imprenta, además de significar una amplia difusión, no careció de intencionalidades políticas o de proyecciones profesionales. Por su parte, las fuentes manuscritas son principalmente de orden institucional, ya sean documentos producidos por las administraciones novohispanas, por la Inquisición o la Real Audiencia, así como por sus pares en la Península o por las autoridades jesuitas en Roma. Por razones relacionadas con su régimen de conservación, se recurre también, en menor medida, a versiones manuscritas de obras sin publicar, como los tres tomos de sermones inéditos de Pedro de Avendaño conservados en la Biblioteca Nacional de México, o los veinte sermones de Juan Martínez de la Parra resguardados en la Biblioteca Nacional de España, probablemente gracias a la fama que este llegó a alcanzar en España.

Con base en este fin y metodología, este trabajo aspira a contribuir a la Historia intelectual de la Nueva España. Siguiendo estudios recientes, pretende demostrar la pluralidad de las instancias de promoción y de reconocimiento para la gente de saber en la capital novohispana de finales del siglo XVII. En efecto, la historiografía clásica ha tendido, al contrario, a presentar hasta ahora al Estado monárquico como fuente insuperable, cuando no única, de empleos y honores para los letrados en las Indias, basándose en dos

---

<sup>3</sup> Schapira 2013.

<sup>4</sup> Bertrand 1999.

argumentos complementarios: el monopolio de la burocracia por parte de la Corona y la debilidad del mecenazgo nobiliario<sup>5</sup>. Por un lado, el patronazgo del Estado monárquico sobre las administraciones seculares y eclesiásticas lo habría convertido en un empleador predominante del mercado laboral letrado. Por otro, esta preeminencia de la Corona se habría sedimentado por la ausencia de un sector tradicionalmente competidor con respecto a la gente de letras: la nobleza. En particular, la limitación temporal impuesta al gobierno de los virreyes habría impedido el desarrollo de un mecenazgo cortesano eficiente. Si bien se ha presentado a diferentes niveles y con matices, este análisis supone, en última instancia, un modelo mono-causal, que apunta a una intelectualidad burocrática, estrechamente ligada al poder monárquico y a sus intereses<sup>6</sup>. Ahora bien, estudios recientes han discutido su pertinencia desde varios ángulos<sup>7</sup>. Prolongándolos, este trabajo sostendrá que, para las últimas décadas del siglo XVII, la capital virreinal contaba al menos con otras dos fuentes de empleo y distinción para los letrados: el público urbano y la Corte virreinal. Ambas se suscribían además a un ritmo más rápido de promoción y consagración en comparación con las lentas carreras administrativas.

La obra se organiza según una lógica cronológica, más idónea en este caso, para dar cuenta de procesos, como el reconocimiento, que se fundan inevitablemente sobre una progresión temporal, ya sea larga o breve. Organizado en tres partes, abre con los inicios profesionales tanto exitosos como simultáneos de Juan Martínez de la Parra y de Pedro de Avendaño, para prolongarse hasta sus muertes precoces, apenas veinte años después, en los albores de una nueva era para la Nueva España y el Imperio hispánico. La primera parte trata de las condiciones del despertar de ambos eruditos en el seno de la Casa Profesa capitalina, donde surgieron al comienzo de los años de 1680. Lejos de constituir casos particulares, los dos jóvenes letrados se insertaron dentro de una trama fértil y densa para el grupo docto, en particular para sus miembros eclesiásticos, que conformó una matriz privilegiada donde, juntos, consiguieron sus primeros éxitos (Parte I). Las dos partes subsecuentes se dedican al examen, por separado, de ambas figuras de la intelectualidad novohispana, luego de su inesperado alejamiento en 1690, y funcionan a manera de un díptico. Pedro de Avendaño, cuya posteridad inmediata asociaría estrechamente a la polémica erudita que dividió México al comienzo del año de 1703, se enfrentó a la dura precariedad profesional de los hombres de saber, la cual llegó a imponerle durante cierto tiempo la ser-

---

<sup>5</sup> Uno de los más destacados representantes de esta historiografía es Ángel Rama, con su *Ciudad letrada*: Rama 1984.

<sup>6</sup> Un trabajo reciente que tiende a asumir esta línea interpretativa: Chocano 2000.

<sup>7</sup> Desde el propio estudio de las carreras en las administraciones bajo patronazgo regio, Aguirre Salvador ha señalado por ejemplo la importancia clave del apoyo de los virreyes para los candidatos a un cargo. Por su parte, Rubial y Escamilla han demostrado la capacidad de la Corte virreinal y de sus miembros en ofrecer protección y empleos fuera del ámbito burocrático a la gente de letras. Aguirre Salvador 2003; Rubial García 2003; Escamilla 2002.

vidumbre del clientelismo. Sin embargo, Avendaño llegó a construirse una carrera admirable fuera de los canales institucionales y del *cursus honorum* clásico gracias al reconocimiento urbano y cortesano (Parte II). Por su parte, Juan Martínez de la Parra se desarrolló desde la estabilidad y solidez de un cargo. Con esta ventaja profesional, el eclesiástico alcanzó rápidamente un eminente e inusual nivel de reconocimiento letrado que siguió creciendo a pesar de su pugna pública, en enero de 1700, con el Cabildo Catedral de la Arquidiócesis (Parte III).

**Los años del aprendizaje:  
la Casa Profesa  
(1683-1690)**

Nacidos respectivamente en 1653 y 1655, Juan Martínez de la Parra y Pedro de Avendaño pertenecieron a una misma generación de jóvenes novohispanos que surgió durante el periodo optimista de prosperidad económica y afirmación política del virreinato de la segunda mitad del siglo XVII. Los dos hombres, Martínez de la Parra, oriundo de Huejotzingo, en el obispado de Puebla, y Avendaño de Cuautla de las Amilpas, en el arzobispado mexicano, crecieron en la zona central de la Nueva España y compartieron un origen social privilegiado. El mayor, Martínez de la Parra, perteneció a una familia terrateniente, vinculada con el linaje poblano de escribanos públicos de los Parra, originarios de Extremadura. El menor, Avendaño, integraba una familia de mediana nobleza, dedicada desde varias generaciones al servicio de la Corona. En 1668 y 1670, con dos años de distancia, ambos ingresaron a los 15 años de edad en el noviciado de la Compañía de Jesús en Tepetzotlán, al norte de México, para iniciar los clásicos estudios jesuitas. Luego de los dos años de noviciado, fueron enviados al Colegio de San Pedro y San Pablo en la capital para proseguir una formación que culminaba por entonces en cuatro años de Teología. El primero en concluir los estudios, Martínez de la Parra, fue enviado por sus superiores, en el verano de 1677, a Ciudad Real como joven asistente del jesuita Juan de Olavarría, para sentar las bases de un futuro asentamiento de la Orden en la ciudad. Sin embargo, la gestión ignaciana suscitó rápidamente el desagrado del prelado chiapaneco, Marcos Bravo de la Serna. Para evitar el conflicto, las autoridades de la Provincia cancelaron la misión y trasladaron al joven Martínez de la Parra al Colegio de Guatemala, donde llegó a obtener en 1681 el cargo de prefecto de las clases de Filosofía. Por su parte, al terminar el ciclo de estudios de la Compañía, Pedro de Avendaño fue enviado en 1681 a Puebla, al colegio de San Ildefonso, para enseñar la Retórica. Permaneció ahí un par de años antes de trasladarse al colegio vecino del Espíritu Santo, donde ocupó incluso, en 1684, el cargo de ministro del rector titular Eugenio Lossas.

A unos diez años de haber concluido el noviciado, los dos novohispanos estaban bien integrados a la Provincia y subían progresivamente sus peldaños internos. Por 1680, un cambio en el equilibrio de poder interno en la institu-

ción vino no obstante a acelerar sus carreras. Con un par de años de diferencia, tanto Martínez de la Parra como Avendaño fueron llamados a la capital para trabajar en la Casa Profesa. Primer establecimiento jesuita en el virreinato, la Profesa constituía en México un polo dedicado a la gestión del culto que completaba, en una lógica de especialización de las labores, un polo docente, compuesto por una diversidad de colegios influyentes, como el San Pedro y San Pablo y el San Ildefonso. Mientras los colegios atendían a importantes contingentes estudiantiles, la Profesa capitalina atraía por su parte a numerosos feligreses para el culto y los sermones. Para los treintañeros Martínez de la Parra y Avendaño, la incorporación al establecimiento fue una experiencia decisiva para sus incipientes trayectorias. En este espacio, terminarían de formarse intelectualmente y se acercarían por primera vez al éxito.